

Ante el Congreso Catequístico Nacional

Evolución y Progreso de la Pedagogía Catequística

V. — PERIODO DE TRANSICION: SIGLO XVII - XIX.

Hemos hablado en el artículo precedente de la historia de la catequesis en el siglo XVI, entendiéndolo algo ampliamente este glorioso siglo de la **Restauración Católica**, que se inicia, en realidad, a fines del siglo XV y se continúa en la primera mitad del siglo XVII.

La era cultural y política que se abre en la paz de Westfalia y tiene por centro a la Revolución Francesa, la que se inicia con **La Ilustración** y desemboca en el **Liberalismo, Romanticismo y Socialismo**, es una de las épocas más dolorosas y tristes de la Iglesia, y una de las más fatuas, pretensiones y desorientadas en la cultura. En lo cultural, en lo político y en lo eclesiástico constituye un inquieto, inestable y turbulento período de transición.

En la historia de la Catequesis supone un doble movimiento paralelo y justapuesto: la supervivencia de la escuela tradicional y la siembra de revolucionarias ideas pedagógicas, que sólo han de fructificar cumplidamente en el siglo XX.

Supervivencia de la Escuela Tradicional.

Dominan casi generalmente los gran-

des textos, compuestos en el siglo XVI: el Catecismo Romano, como base; y las cartillas de Canisio, Belarmino, Astete y Ripalda. Estas cartillas se aprenden de memoria y los catequistas las explican —método expositivo— con mayor o menos amenidad, según su capacidad natural de suscitar el interés. Las escuelas teológicas han degenerado en sutilezas, o, en el mejor de los casos, conceden preponderante importancia a la historia eclesiástica. Las catequesis degeneran también en verbalismo y conceptismo, lo mismo que la predicación sagrada. Claudio Fleury quiere convertir el Catecismo en mera narración de historia sagrada, con detrimento del dogma.

Grandes santos y beneméritos catequistas se esfuerzan en remozar la enseñanza religiosa.

San José de Calasanz (1556 - 1648) funda la Congregación educacional de las **Escuelas Pías**, cuyo sello es la piedad, y cuyo deber fundamental es la enseñanza de la doctrina cristiana. En 1637, el Capítulo General, presidido por el santo Fundador, formula expresamente: "Lo primero, que han de enseñar nuestros maestros

en todas las escuelas, es la doctrina cristiana, como se ha venido haciendo hasta el presente”.

San B. de la Salle (1651-1719) constituye una de las grandes cumbres de la pedagogía católica, aunque no contara con otros méritos que el de haber fundado instituto de enseñanza tan eficiente como los **Hermanos de las Escuelas Cristianas**. Pero, además, debe recordarse algo que en las Historias de la Pedagogía se olvida con harta frecuencia: que fué el primer organizador de escuelas normales, con su Seminario para Maestros seculares (1648); que revolucionó la enseñanza sustituyendo el sistema individual, por el simultáneo, graduando la primera instrucción, iniciándola con la lengua materna, fundando las escuelas dominicales para obreros... El Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, imitado en catorce congregaciones de ambos sexos, dedicadas a la enseñanza, tiene una finalidad primariamente catequística.

Junto a estos dos grandes educadores y catequistas habría que mencionar a **San Francisco de Sales**, a **San Vicente de Paúl**, y al fundador del Seminario y Compañía de San Sulpicio: **Santiago Olier**.

Corrientes innovadoras en la pedagogía profana.

En pleno período renacentista, (lo que vale decir: en plena época de idolatría de la forma y concretamente del latín clásico), el humanista español **Luis Vives** protesta contra el verbalismo; y el francés **Montaigne** se declara por la utilización de la lengua vulgar en la instrucción general.

Al iniciarse el período de **La Ilustración**, Locke defiende el **sistema de enseñar jugando** y hace una severa crítica de los métodos pedagógicos en uso.

Pero el más evidente entre los precursores de la moderna pedagogía fué **Juan Jacobo Rousseau**; tanto en sus buenas como en sus malas direcciones. Veremos aparecer y reaparecer constantemente a lo largo de este estudio los cuatro principios fundamentales de su libro **Emilio, o de la Educación**: “**El niño debe ser educado por y para la libertad. Dejad madurar la infancia en el niño. La educación del sentimiento debe anteponerse a la educación de la inteligencia. El saber importa menos**

que formar el buen sentido”. **Rousseau partía del desconocimiento del pecado original**; por eso su principio de la educación por la libertad aceptado también por Montessori, Decroly etc. sólo puede tener un sentido aceptable muy relativo, y fué combatido en todas sus manifestaciones modernas, por el meritísimo P. Ruiz Amado y sustituido por este otro lema: **Educar por la obediencia para la libertad moral**.

Discípulo de Rousseau y ejecutor ingénuo de sus principios pedagógicos fué **Juan Enrique Pestalozzi**. Hay que concederle que sembró, más que realizó, algunas sanas ideas pedagógicas: el principio de la intuición, la tendencia al campo, el amor al niño pobre, que ha hecho suyas la pedagogía moderna, tanto la individualista como la socialista. Nosotros, sin embargo, nunca podremos justificar el hecho de que en diccionarios y tratados de pedagogía se conceda a **Pestalozzi** tan desorbitada importancia, cuando en realidad la obra de su vida fracasó casi universalmente y la de sus discípulos no tienen ningún punto de comparación, en eficacia, con la de San Juan Bautista de la Salle, con la de San Juan Bosco y otros grandes pedagogos católicos. Con Pestalozzi ceramos la enumeración de los precursores lejanos de las corrientes pedagógicas contemporáneas.

Entre los precursores inmediatos, el más importante es sin género de duda **Juan Federico Herbart**. Se le ha llamado con justicia el fundador de la pedagogía científica. Herbart, filósofo y psicólogo, sucesor de Kant en la cátedra de Königsberg, fué el primero en dar verdadero cauce al **principio de intuición**, proclamado por Pestalozzi; disertó sobre el **resorte mágico del interés** y sus diversas formas, concedió importancia capital a la **teoría de la atención**; coincidió con Rousseau en el lema; **El valer del hombre no se mide por su saber sino por su querer**; pero se separó de él al proclamar como bases fundamentales de la educación la **autoridad y el amor**, reclamando la **necesidad de la disciplina severa**, sin llegar a insensibilizar al niño, contra la libertad transcendental de Rousseau, y contra el imperativo categórico de Kant. Herbart, el primero categórico de Kant. modernos trató de dar una sustentación científica a la pedagogía, la hizo descansar en la Psicología y en la Ética.

El filosofismo en la catequesis: el método socrático.

La pretensiosa y fatua vanidad de la Era de **La Ilustración** contagió también a algunos escritores católicos.

La primera consecuencia fué la redacción de **nuevos catecismos**, sobre todo en Alemania. Se acusaba a los textos tradicionales de ser muy secos, escolásticos y excesivamente polémicos. Los nuevos catecismos tuvieron un éxito efímero, y mientras el **Canisio** duraba por varios siglos, ninguno de los nuevos logró imponerse por diez años.

Algunos estaban, además, contagiados de las preocupaciones y errores de la época. Así, por ejemplo, al hablar del pecado original se omitía todo lo referente al reatus culpae y a la falta del estado sobrenatural de la gracia; se le describía diciendo **que hacía más difícil la práctica de la virtud**. De la **gracia** se decía simplemente **que nos hace más fácil la virtud**, olvidando el carácter sobrenatural del estado de gracia. El canónigo **Vito Antonio Winter**, de Eichstatt, aconsejaba al catequista "que al explicar los sacramentos prescindiera de todas las disputas infructuosas, v. g. sobre la presencia real del Cuerpo y de la Sangre de Cristo... (!); explicando más bien el fin y el recto uso de los Sacramentos, pasando rápidamente por la cuestión del opus operatum y deteniéndose en el opus operantis..."

Los principios racionalistas contaminaron también la pedagogía catequística. El principio fundamental de la Ilustración es **el racionalismo**; es decir **la tendencia a inquirir e investigar todas las cosas con independencia de toda autoridad**; de donde se seguirá consiguientemente la persuasión de que el juicio de las verdades religiosas correspondía simplemente a la razón. Los nuevos **ilustrados** catequistas creían que todo el menester del profesor se reducía a **"despertar y avivar en el alma del niño, las verdades religiosas adormecidas en su espíritu"**.

Este principio llevó a la práctica del llamado **método socrático**: consistía en **despertar**, por medio de preguntas, estas tendencias y sentimientos religiosos, adormecidos en el alma del discípulo.

Se cometía, evidentemente, una injusticia con Sócrates atribuyéndole tal método; pues el filósofo griego no trataba de

despertar ideas dormidas en la mente de sus contendores, sino de patentizarles en la contradicción de sus respuestas la verdad de sus propias teorías filosóficas y morales. Testigo de tan indiscutible parcialidad por la Ilustración, como Pestalozzi, afirmó del método: "Se soñaba ingenuamente en la era de moda de la socratización... creo que llegó la hora de despertar de ese sueño".

Sanas tendencias renovadoras en la catequesis.

Ya desde el siglo XVII se inicia una tendencia, que fructificará plenamente a fines del siglo XIX y principios del XX: la **histórica**, de que fueron portavoces, **Fleury**, **Bossuet**, y **Bougeant**; y, antes que ellos, en pleno siglo XVI, **Jorge Witzel**, a quien mencionamos en el artículo anterior. Sobre la obra de Claudio Fleury **Discours du dessein et l'usage du Catechisme historique** nos parece muy prudente la observación de Gatterer: "Tiene razón en sus ataques al mecanicismo y a la enseñanza puramente memorística en la Catequesis; pero el propio Fleury cae en otros defectos, ya que desprecia y aún destruye la solidez y seguridad en su enseñanza catequística".

En Alemania se inicia una saludable revolución pedagógica, (que afecta directamente a la catequesis) con **Bernardo Henrique Overbergg (1754-1826)**, émulo de Pestalozzi, como Reformador de las escuelas populares; con **Juan B. Hirscher (1788-1865)**; y sobre todo con el Arzobispo de Salzburgo, **Augusto Gruber (1763-1835)**. Gruber es el primer gran comentarista de la obra **De catechizandis rudibus** de San Agustín. Está plenamente frente al racionalismo en boga. Para él el catequista no es ningún Sócrates, sino el enviado de Dios y de la Iglesia que ofrece y enseña al niño —en nombre de Dios— las verdades que ha de creer.

El éxito efímero y la multiplicidad de los catecismos que habían sucedido al **Canisio** obligó a los Obispos alemanes, reunidos en Regensburg, a adoptar, como ensayo, el **catecismo único** para toda Alemania. Fué encargado de redactarla el P. José Deharbe, S. J. que escribió tres catecismos graduados, que aún hoy tienen notable éxito y han sido traducidos a 13 lenguas.

Mucho más trascendentales son en este movimiento de renovación los escritos de

Dupanloup sobre pedagogía en general y sobre pedagogía catequística en particular. Dupanloup es uno de los más ilustres precursores de la pedagogía nueva, aunque purificándola del error fundamental de Rousseau: el desconocimiento del pecado original y el consiguiente olvido de la disciplina.

San Juan Bosco, fué también, con la práctica de su pedagogía amable y paternal, un evidente precursor de la pedagogía moderna, fundamentada en la psicología infantil. Hablando de Italia debemos mencionar a **Mons. Juan Bautista Scalabrini**, el iniciador de los **Congresos catequísticos**, que se iniciaron con el Piacenza en 1889.

Uno de los más insignes catequistas del

siglo XIX fué, sin disputa, el **Beato Antonio María Claret**, fundador de los Hijos del Inmaculado Corazón de María. Maestro en la utilización de los ejemplos y símiles, editor de láminas catequísticas y de un catecismo explicado, preconiza ya los medios más modernos de la catequesis, aunque — como los anteriormente enumerados — pertenezca plenamente a la escuela tradicional.

En la misma España surgía, a fines del siglo XIX, el glorioso iniciador de la moderna pedagogía activa, el sacerdote **Don Andrés Manjón**, al que consagraremos en el próximo artículo un interés preferente, por sintetizarse en él el tesoro de experiencias de la escuela tradicional y las conquistas más sorprendentes de la pedagogía nueva.

M. Aguirre Elorriaga, S. J.

